La cultura argentina hoy

La identidad nacional

TELAM

La hinchada argentina en el mundial de fútbol Alemania 2006

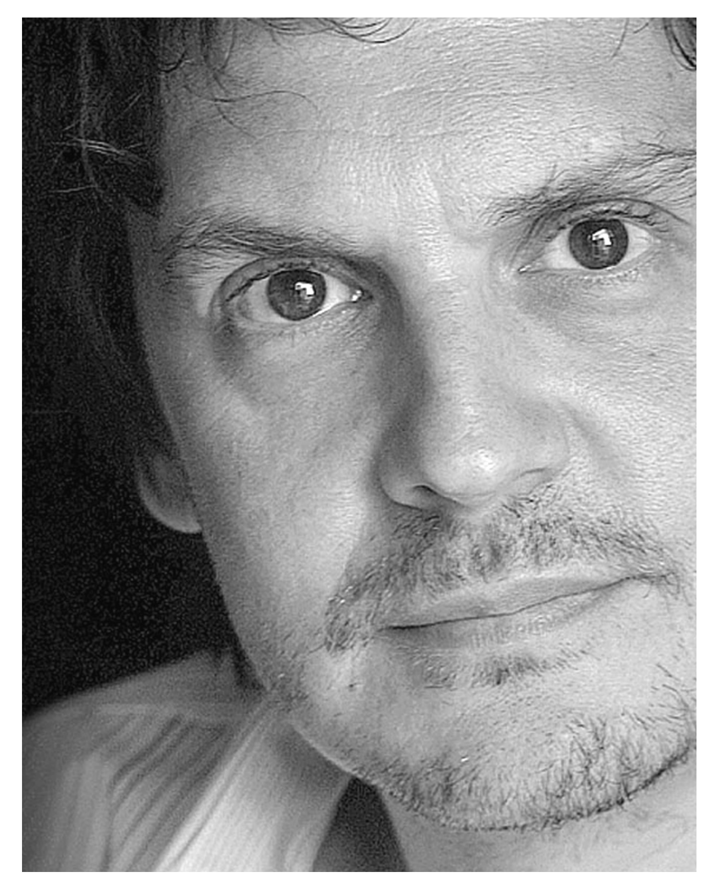
PANELISTAS:
Carlos Altamirano,
Felipe Pigna,
Alejandro Grimson.
MODERADOR:
María Seoane.

La cuestión de la identidad nacional es objeto de grandes debates en todo el mundo desde hace ya mucho tiempo, sobre todo teniendo en cuenta la importancia de los Estados nacionales y el nacionalismo para explicar buena parte de la historia mundial de los últimos dos siglos. Los intercambios en este panel buscan descifrar los orígenes de la identidad nacional en Argentina y su evolución histórica, pero también se aventuran en reflexiones teóricas. Finalmente, abordan también las oportunidades y desafíos que se abrieron al respecto a partir de la crisis de 2001.



Estos fascículos reproducen extractos de los encuentros que formaron parte del ciclo de debates La cultura argentina hoy, organizado por la Secretaría de Cultura de la Nación. Participaron en él más de cincuenta especialistas que fueron convocados a compartir sus reflexiones sobre temas relativos a la actualidad cultural de nuestro país.

Página/12



Felipe Pigna en La Cultura Argentina Hoy.



Taller de plástica para chicos, Fundación Wetraché de La Pampa.

LA CULTURA ARGENTINA HOY

En sus versiones más corrientes, las llamadas "políticas culturales" adoptan una definición restringida del término cultura, según la cual éste designaría exclusivamente al conjunto de las producciones simbólicas propias de los dominios de las artes y de las letras.

El Ciclo de Debates sobre la Cultura Argentina Hoy se refiere a un objeto mucho más amplio, que incluye lo designado por esa definición restringida pero abarca también los conocimientos, las prácticas, las creencias, los valores, las normas, las costumbres y, en fin, las realidades no naturales que organizan y dan forma tanto a las relaciones cotidianas de una sociedad con el medio que habita como a los modos de articulación que tornan viable la vida en común y hacen posibles su reproducción y su cambio.

Es claro que, así entendida, intentar un balance inmediato del estado actual de la cultura en el país se vuelve una empresa poco menos que inabordable. Pero resulta igualmente cierto que ésta no es una razón válida para abandonar la definición más extensa y para rehusarse a emprender un examen crítico, abierto y pluralista de la situación por la que atraviesan hoy entre nosotros desde la lengua o la solidaridad hasta la identidad nacional y el trabajo. El modo de resolver la dificultad consiste en reconocerla y en realizar aproximaciones sucesivas a través de varios ciclos que, aunque no consigan agotar su objeto, arrojen cada vez mayor luz sobre él.

El programa contó con expositores de una altísima jerarquía, que suman a su mirada aguda, informada y reflexiva sobre los temas seleccionados una generosa disposición al diálogo y a la discusión franca que valoramos muy especialmente. Nuestro agradecimiento a todos ellos, unido a la firme convicción de que el sendero que comenzamos a recorrer nos llevará a conocernos mejor y servirá para potenciar nuestras considerables perspectivas de avance en las diversas áreas.

JOSE NUN
Secretario de Cultura de la Nación

LOS PARTICIPANTES

CARLOS ALTAMIRANO (CA). Es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina. Enseña en la Universidad Nacional de Quilmes, donde dirige Centro de Estudios e Investigaciones, y ha dictado seminarios y conferencias en universidades del país y del extranjero. Publicó, entre otros trabajos, *Peronismo y cultura de izquierda; Bajo el signo de las masas (1943-1973)* y *Para un programa de historia intelectual; Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, escrito en colaboración con Beatriz Sarlo. Integra el Consejo de Dirección de *Prismas. Revista de historia intelectual.*

FELIPE PIGNA (FP). Es profesor de Historia egresado del Instituto Superior de Profesorado Joaquín V. González. Dirigió el proyecto Ver la Historia, de la Universidad de Buenos Aires (UBA), que produjo el documental fílmico "Doscientos años de historia argentina", en 13 capítulos. Conduce el programa de documentales históricos "Vida y Vuelta", que transmite Canal 7, y el ciclo "Algo habrán hecho". Es autor de los libros *Los Mitos de la Historia Argentina* y *Lo Pasado Pensado*. Además, dirige la revista *Caras y Caretas*.

ALEJANDRO GRIMSON (AG). Es doctor en Antropología e investigador del Conicet. Ha estudiado y publicado libros vinculados a diversos temas de la identidad nacional, como *La inmigración de bolivianos en Argentina*, *El nacionalismo en la zona de frontera* y *Los usos políticos de las identificaciones nacionales*. Actualmente dirige el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín.

MARIA SEOANE (MS). Estudió Economía en la UBA. En su vasta trayectoria como periodista, trabajó en *El Periodista, Sur, Noticias* y *Clarín*, donde es editora de la sección País. Colaboró con diversos medios internacionales, como *El universal* de México. Integra el cuerpo docente del Master de Periodismo de la Universidad de San Andrés como titular de la cátedra de Investigación Periodística. Publicó, entre otros, *La noche de los lápices*, luego llevado al cine por Héctor Olivera, y *Argentina. El siglo del progreso y la oscuridad (1900-2003).*

ORIGENES Y EVOLUCION DE LA IDENTIDAD NACIONAL

CA. La cultura argentina es una formación derivada de la expansión europeo-occidental. La conquista, la ocupación colonial y el transplante europeo son el punto de partida de la constitución histórica y cultural de lo que, en el curso del siglo XIX, se convertirá en el Estado nacional argentino. España no era, por supuesto, la Europa del capitalismo, de las revoluciones burguesas y la del liberalismo político. A esta Europa de la modernidad se va a ligar abiertamente el país sólo después de 1852. Pero ya antes, y a partir del movimiento independentista, la experiencia de esa otra Europa estuvo presente en el horizonte político e ideológico de los círculos ilustrados, quienes derivaron de allí la asimilación de la idea nacional con la construcción del Estado nacional. La elite social y política en la segunda mitad del siglo XIX trajo sus modelos de ese mundo de la burguesía triunfante, al que sumaron el ejemplo de Estados Unidos. Ese grupo social dominante lanzará al país a la vía de la civilización y el progreso, esto es, al camino del constitucionalismo liberal y la incorporación plena y deliberada a la división internacional capitalista del trabajo.

Más allá de que los resultados no estuvieron a la altura de los proyectos, la Argentina criolla se trastrocó profundamente.

Durante la era aluvial, Europa se introdujo en Argentina a través de sus mercancías, sus capitales, el prestigio de sus instituciones políticas y económicas, y el eco de sus formas culturales. Pero también a través de la masiva inmigración que inyectó una población nueva en Buenos Aires y en algunos conglomerados del interior y sus periferias rurales. Este injerto europeo provocó una corriente de tensiones en el cuerpo de la sociedad nativa y, en algunos círculos intelectuales de viejos criollos, la inquietud por los problemas de la identidad nacional se convirtió en un componente esencial del programa con arreglo al cual se llevó a cabo el proceso de la modernización.

Este programa contenía una doctrina cultural, y la urbanización, la alfabetización, la emergencia de las clases y los conflictos capitalistas, la constitución de un mercado de bienes simbólicos, el esbozo de un campo intelectual y las primeras manifestaciones de lo que más tarde se denominaría industria cultural fueron algunos de los resultados de la acción orientada a darle proyección práctica al programa de la modernización.

Este proceso finalmente hizo posible la supremacía de una región y una ciudad: Buenos Aires; el poder social de una clase: la oligarquía, que había enganchado sus intereses con los del imperialismo británico, y la hegemonía ideológica del liberalismo.

Si el triunfo del radicalismo en 1916 puso fin a la república oligárquica, la hegemonía del liberalismo en el campo intelectual comenzará su proceso de declinación en la década de 1930, acompañando el retorno del bloque conservador al poder político y la primera gran crisis del país agroexportador próspero e independiente que había sido puesto en marcha 50 años antes. Crisis en la metrópolis y crisis local, crisis económica, política e ideológica. Todas estas dimensiones se entrecruzaron y se potenciaron para crear el clima de malestar y de crítica de la Argentina posterior a 1880, de los padres fundadores de la tradición liberal –Sarmiento, Alberdi, Mitre– y de la codificación que esta tradición había hecho del pasado. **La de 1930 es la década de los grandes ensayos sobre el ser nacional, como *El hombre que está solo y espera*, *Radiografía de la Pampa*, *Historia de una pasión argentina*; es también la década en que el revisionismo histórico cristaliza en la tradición intelectual. En todos estos exponentes puede reconocerse el eco de un tema que estaba en el aire: la certidumbre de que el país se había constituido mal y de que el rumbo que habían seguido la modernización y el progreso**


TELAM

Charly García

eran parte de esa mala constitución.

El proceso histórico argentino posterior a la década de 1930, en primer lugar la intensa experiencia social y política que tomó forma en el peronismo como régimen y como movimiento de masas, conmoverá las cristalizaciones culturales del siglo precedente, si bien esto sólo se hará evidente para todos después de 1955.

Las migraciones internas que acompañaron el crecimiento de la industria y que desplazaron amplios contingentes populares de las áreas rurales y las regiones marginadas del proceso modernizador tendrán un papel revulsivo casi comparable al que había tenido la inmigración de ultramar. Esta nueva presencia plebeya cuestionará certidumbres arraigadas no sólo en las elites, sino también en el progresismo que constituía la cultura de los núcleos activos de las clases medias urbanas. Del cuestionamiento tampoco saldrán indemnes los grupos y las organizaciones que se situaban a la izquierda del espectro ideológico.

No puede afirmarse que el ciclo iniciado en la década de 1940 esté concluido, pero ha producido ya duraderas cristalizaciones culturales. La más notoria de ellas es la emergencia de una identidad política ideológica dominante en las clases populares argentinas, el peronismo. La constelación ideológica populista, que adquirió sus rasgos definitivos bajo la experiencia de la proscripción política y las cruzadas antiperonistas posteriores a 1955, no quedaría confinada en el mundo de los trabajadores y las clases subalternas. Poco a poco primero y aceleradamente desde la segunda mitad de la década de 1960, el populismo nacionalista se convertirá en polo de referencia para una fracción cada vez más numerosa de intelectuales provenientes de las capas medias progresistas. Se trata de aquellos sectores que habían vivido de manera más dramática y ambigua sus relaciones con los movimientos inclusivos de las clases populares. Se genera así una corriente orientada a reinterpretar el mundo cultural de las clases subalternas, a la búsqueda de una identidad nacional popular y a la elaboración correlativa de una tradición intelectual con sus antepasados y sus escritores malditos: Discépolo, Jauretche, Scalabrini Ortiz, etcétera.

FP. Le preguntaron al poeta Jacques Prévert qué es la patria y, recordando a Baudelaire, sin dudarlo dijo: "La patria es la infancia". Es eso difícil de describir, más cercano a los recuerdos sentimentales que a los racionales. **Pero el patriotismo, la identidad, la búsqueda de la identidad, fue adquiriendo a lo largo de la historia nacional diversas formas. Algunos de esos modos de la nacionalidad tienen que ver con elecciones conscientes.** La Generación del '80, por ejemplo, encontró en la historia nacional el molde en el que se pretendió fundar la identidad, una identidad todavía difusa, pero que los prohombres del '80 sentían amenazada por la oleada inmigratoria y sus "ideas disolventes". Fue entonces cuando se fundaron los panteones nacionales, exclusivos listados de próceres transformados en políticamente correctos para la ocasión. Así, por ejemplo, San Martín será solamente un militar victorioso y no un gobernante progresista que fomentó la educación, la cultura y la industria en Cuyo y en Perú. Desde los años del Primer Centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, la oligarquía gobernante llegó insospechadamente a reivindicar al otrora vago y malentretenido gaucho. La operación consistía en oponer la nobleza, la aplicación al trabajo y el nacionalismo de un gaucho modélico al estereotipo del inmigrante ambicioso, apátrida, con ideas exóticas. Claro que aquel gaucho ya no era Martín Fierro, rebelde, crítico de los negociados de los jerarcas militares de frontera y de los jueces de paz. El gaucho soñado por los patrones de estancia encarnaría años más tarde en el pacífico y obediente Don Segundo Sombra, exponente de la llamada "pobreza digna" es decir, aquella que elige el conformismo y no se anima a la lógica rebelión contra la injusticia.

Pero no quiero repetir referencias a procesos que acaba de analizar muy sólidamente Carlos. Por eso me gustaría referirme un poco más detenidamente a la suerte que corrió la identidad nacional en la segunda mitad del siglo XX. La caída del peronismo provocó un interesante debate, probablemente tardío, entre los peronistas enrolados en la Resistencia contra los sucesivos gobiernos que mantuvieron la proscripción del movimiento y los militantes de izquierda, que se plasmó en la aparición de un movimiento nacional y popular. Tanto el Partido Socialista como el Partido Comunista habían sido fuertes opositores al peronismo y muchos militantes se preguntaban, a la luz de las políticas represivas antiobreras de los gobernadores posperonistas, si sus partidos habían interpretado correctamente la realidad nacional. **Hubo una notable migración hacia el peronismo, que tuvo su pico a fines de los '60 y comienzos de los '70, cuando surgió una nueva izquierda que entendía al patriotismo y a la justicia social como valores básicos de sus postulados.**

Todo aquel sueño patriótico y libertario fue ahogado en sangre por el golpe cívico-militar de marzo de 1976, encabezado por los militares y dirigido por el poder económico nacional, asociado a los grandes poderes multinacionales. El país fue desnacionalizado, las mentes fueron trabajadas prolijamente a fuerza de libre importación y dólar barato; hasta el idioma se extranjerizó y la industria nacional estuvo a punto de desaparecer. **El patriotismo sólo apareció en la resistencia y en la explotación infame de los sentimientos patrióticos en la improvisada aventura de Malvinas**, que costó la vida a centenares de muchachos patriotas dignos de mejor causa. La vuelta a la democracia trajo la primacía de la soberanía popular. El patriotismo todavía era demasiado vinculado al uso indebido y excesivo de los símbolos patrios perpetrado por los usurpadores de la dictadura, por eso sonaba todavía como algo vergonzante. **La segunda década infame, la encarnada por Menem-De la Rúa, fue junto con la dictadura, uno de los períodos más negros de nuestra historia. Perdimos el patrimonio nacional y se nos enseñó que ya no había fronteras y que el patriotismo era una pieza de anticuario.**

El menemismo expresó la alianza de la burguesía prebendaria local más concentrada con el capital financiero internacional. Lo que quedaba de aquel Estado benefactor, fundado por el líder del partido de Menem, resultaba un escollo para el afán desmedido de lucro de estos grupos que, tras una prolongada y costosa campaña mediática, fueron convenciendo a la población de que Videla tenía razón cuando decía que achicar el Estado es agrandar la Nación. Y **así, la sociedad argentina se quedó, ante todo, sin dignidad, pero también sin YPF, sin hospitales, sin flota mercante propia, sin trenes, sin gas, sin escuelas dignas para sus hijos, sin aviones, sin Corte Suprema de Justicia.**

AG. En Argentina, a diferencia de lo que ocurre en otras sociedades latinoamericanas, como la brasileña, los sentimientos nacionales se encuentran distribuidos en dicotomías excluyentes y confrontadas, entre militares y pueblo; autoritarismo y democracia, etcétera.

No hay matices, la diversidad está más bien licuada, invisibilizada, y lo que se visibiliza es, o propio, o contrario a lo propio. Existe en Argentina un cierto pensamiento dicotómico que me parece importante considerar que es el producto del proceso histórico al cual hacían alusión Carlos y Felipe. ¿Cuál fue el papel específico que cumplió la dictadura militar de 1976 en la transformación de los sentidos sociales de la Nación? Porque antes de la dictadura militar lo nacional era un campo de disputas políticas y simbólicas, había proyectos muy distintos, contrapuestos, acerca de cuál era el futuro deseado para la Nación. Sin embargo, después del '76, con la retórica nacionalista que vació al Estado, con el terrorismo de Estado asociado al nacionalismo y con lo ocurrido en Malvinas, lo nacional quedó dentro de uno de los dos campos de la disputa. **Luchar por la democracia o defenderla implicaba renunciar a la retórica nacional**, a la reivindicación de la simbología nacional, contraponerse a un discurso autoritario que se había apropiado de la nación. En mi opinión, uno de los grandes éxitos de la dictadura militar es que identificó a la nación y lo nacional con lo autoritario. Creo que hasta hoy esa identificación tiene cierta vigencia entre nosotros, aunque por suerte en los últimos años ha entrado en crisis parcialmente. El lazo íntimo entre nación y autoritarismo fue uno de los grandes éxitos de la dictadura, porque si democracia y nación aparecían como campos opuestos en la década del '80, eso se tradujo en una apropiación de la nacionalidad e incluso de las festividades relacionadas con lo nacional por parte de cierto sector de la sociedad. Esto, en términos sociológico-antropológicos, es un síntoma clave porque, como decía Durkheim, la fiesta de una comunidad es el momento en el cual la comunidad se celebra a sí misma, celebra su existencia. Como Argentina no tiene nada para celebrar de su existencia como tal, fue abandonando ese tipo de celebraciones. Esa distancia que los argentinos adoptamos respecto de la Nación es el producto de una política, y no sólo eso, sino que produce efectos políticos poderosísimos. Lo digo porque, en mi opinión, **para que se pudiera dar el caso argentino en la década del '90, que es uno de los casos más extremos de neoliberalismo en el mundo, tuvieron que conjugarse tres condiciones. La primera fue la dictadura militar con todo lo que conocemos sobre ella, la segunda fue la hiperinflación con el terrorismo económico que implicó y la tercera es que los argentinos tuviéramos distancia completa respecto de nuestro sentimiento nacional. Si no hubiera habido una distancia respecto de nuestra nacionalidad, habría surgido, por ejemplo, una movilización cívica cuando se regaló YPF. Sólo fue posible hacerlo porque nosotros ya no sentíamos YPF como nuestra.**

LO INDIVIDUAL, LO COLECTIVO Y LO HISTORICO

CA. En toda sociedad hay un conjunto variable de espacios, instituciones y dispositivos simbólicos sobre los que se edifican la identidad individual y una o varias identidades colectivas. Por ejemplo, de la sociedad uno recibe un nombre propio, una identidad sexual (que es mucho más que el sexo biológico), una lengua materna y, con todo esto, la disponibilidad simbólica para interiorizar los códigos culturales, normas, reglas, valores, etcétera, a los cuales se estará expuesto durante toda la vida en esta sociedad. **La conciencia personal aparece así como una identidad construida a través de un proceso de identificaciones: con un nombre, con una filiación, con el imaginario y los fantasmas de una tradición familiar, y así sucesivamente. Por esto se dice que la identidad tiene**

la forma de un relato. Pero la familia es, como todos los grupos primarios, un resonador del discurso social. Frecuentemente es allí donde por primera vez oímos decir que el 25 de mayo es el día de la patria. La disponibilidad para recibir los códigos culturales de mi sociedad es también disponibilidad para otras identificaciones, aquellas por las cuales me identifico como argentino. Una sociedad sólo se reproduce como Nación en la medida en que el individuo, desde su nacimiento hasta su muerte, es constituido o constituida como ciudadano del Estado nacional desde una red de instituciones, como la familia o la escuela, y por medio de diversas prácticas cotidianas. **Ni el pueblo ni la identidad existen naturalmente, y la identidad no puede ser pensada sin referencia a la historia. En suma, la identidad nacional no es una esencia sino una historia, que en el caso argentino no ha sido para nada apacible**.

La noción de cultura nacional apunta a un campo de significaciones compartidas interclasistas dentro de una sociedad de clases, nociones capaces de producir identificaciones más o menos políticas. El Estado nacional, sus instituciones y las clases que a través de ellos contaron con el poder para definir el orden social legítimo, jugaron, sin duda, un papel decisivo en la configuración de ese campo de significaciones. Desde este punto de vista, las cosas no ocurrieron en Argentina de un modo diferente al de otras sociedades capitalistas. Pero ninguna clase de un grupo dominante controla todos los procesos y formas de significación de un pueblo, y sería erróneo hacer de cada uno de los elementos que ingresan en la configuración de una cultura nacional nada más que el eco de la dominación de clases. Los procesos de incorporación y absorción de significaciones culturales no circulan en una sola dirección y sus productos no son únicos.

AG. Si vamos a discutir identidad, debemos partir de la base de que no existe el ADN de los argentinos. Esa frase, que fue título de un libro que vendió miles y miles de ejemplares, es un disparate y una irresponsabilidad política. No hay ninguna herencia congénita de los argentinos, no hay esencia, y eso debe ser el primer punto de partida. El problema que se plantea después de esa constatación es: "¿Pero acaso es una mera ficción la identidad nacional? ¿No será que en realidad jujeños y santacruceños, ricos y pobres, desocupados y niños con o sin tristeza no tienen ninguna relación entre sí?". **En realidad, dice otro relato, lo nacional es una mera ficción, es una construcción de una generación autoritaria que intentó vincular sus propios intereses colectivos a una idea de nación que no tiene sustento. Sin embargo, si bien no hay esencia hay historia, y la historia construye colectivos, y esos colectivos son problemáticos**.

LA NACION Y LA CRISIS

FP. Una de las pocas consecuencias positivas de la crisis terminal que vivió Argentina en 2001 fue quizás un renovado y saludable interés por nuestra historia, o sea por nosotros, por saber de nosotros, de dónde venimos, por qué estamos como estamos, quiénes somos y quiénes podemos ser.

La argentinidad ha tenido y tiene entre nosotros un sentido. Es nuestra identidad y es la viveza criolla, son las características argentas, que nos distinguen aparentemente de la viveza yanqui, que ha demostrado ser más descarada, efectiva y global. Claro que sin dejar de autoflagelarnos con nuestros defectos, que para algunos son virtudes, ganó un espacio considerable la recuperación de otra argentinidad. Es un fenómeno que se va haciendo evidente en las banderas y los recitales el grito de "¡Argentina! ¡Argentina!" antes de que toquen ciertas bandas, en el interés cada vez más marcado de los jóvenes por la historia nacional. Esto se explica porque **tras la humillación sufrida durante toda la década infame de Menem-De la Rúa, que se hizo evidente al más miope en diciembre de 2001, hubo reacción nacional, una especie de "me queda la dignidad"**. Una de las características claves para el funcionamiento del capitalismo es la invisibilidad de los mecanismos de apropiación y explotación. Cuando esos mecanismos se tornan explícitos, pornográficos, como nos ocurrió en diciembre de 2001, cuando los grandes grupos económicos nacionales, asociados con sus hermanos de clase del Primer Mundo, fugaron decenas de millones de dólares y se robaron los salarios y los ahorros de la gente, nada podía ocultarse, todo estaba allí, como una vidriera de un banco rota a pedradas. No había posibilidad de sublimar aquel asco, aquel odio. Políticamente, la sociedad comenzó a mirarse a sí misma para ver qué le habían dejado los cuervos para iniciar la reconstrucción, y se fue dando cuenta de que una de las pocas cosas que le había quedado de pie era la historia, esa fuente de sabiduría de la que siempre se puede aprender. **Estamos ante una interesante oportunidad, la de consolidar un necesario sentimiento patriótico basado en la esperanza de cambiar lo que hay que cambiar y consolidar lo positivo, que no se base en la discriminación, la xenofobia, ni en absurdos delirios de grandeza que terminan inexorablemente en incurables complejos de inferioridad**.

AG. Hace un tiempo llevamos a cabo una investigación comparativa entre Brasil y Argentina. En varios centenares de entrevistas, en varias ciudades argentinas y brasileñas, les mostramos a líderes de opinión de distintas ciudades la bandera argentina y la bandera brasileña. La mayoría de las respuestas de los brasileños eran del tipo: "Esa es mi bandera, es una maravilla, ese es mi pueblo, esa es la naturaleza de mi país, el verde es el Amazonas, el amarillo es el oro, eso integra el conjunto de nuestra nación". Es más, antes de mostrarles la bandera les habíamos preguntado cuál era, según ellos, el símbolo de su país, y lo primero que se les ocurría a los brasileños era la bandera.

Los argentinos, en cambio, jamás mencionaron a la bandera nacional, y cuando la vieron nos dijeron: "Para mí eso tiene que ver con la escuela; bueno con los militares; bueno con lo oficial, con lo burocrático". Después, en los dos casos, les mostramos la misma bandera en un desfile militar y en una manifestación popular. En Argentina lo que aparecía era que, o estabas con la bandera de los militares, que era una ínfima minoría, o estabas con la otra bandera, que era el único lugar legítimo de la bandera, que es el lugar de la manifestación o del reclamo ciudadano.

Obviamente, si la identidad nacional es autoritaria, homogeneizante, prescriptiva, excluyente, difícilmente alguien quiera identificarse con la nación. Hace pocas semanas fui a Tilcara y un dirigente indígena me dijo: "Yo no entiendo por qué me tendría que identificar con Argentina, si la cultura quechua era mucho mejor, más igualitaria, más comunitaria". Pienso que si lo argentino acepta la diversidad, la pluralidad, no hay por qué elegir entre ser quechua y ser argentino. Esto puede aplicarse no sólo a los dirigentes indígenas, excluidos, invisibilizados, sino también a los movimientos sociales que se movilizaron y reclamaron sus derechos a partir de una noción de soberanía que se basaba en una identificación con la nación. **Necesitamos pensar la nación y sólo puede pensársela en América latina, con América latina, con un Mercosur que no sea neoliberal sino que sea ciudadano, que implique una ciudadanía sudamericana, que apunte a otros procesos de integración que incluyan lo social, lo cultural, etcétera. Lo nacional y lo regional, en el contexto contemporáneo, se potencian. Por eso creo que la crisis abrió la posibilidad de repensar una comunidad a partir de ideas como las de soberanía y solidaridad, que son centrales a la noción de comunidad, a partir de la igualdad de oportunidades.** La crisis reciente abrió una posibilidad, la pregunta es si sabremos aprovecharla.

NACION, TRANSCULTURACION E INFLUENCIA EUROPEA

En la base de toda nación moderna existe algún tipo de transculturación interna. En Argentina, el Estado y sus instituciones, desde la escuela hasta el ejército, fueron los agentes de la acción transculturadora orientada a inculcar, a desarraigar, a subordinar y a absorber hábitos o significaciones culturales en función de la amalgama de orden y progreso que, a partir de 1880, resumió el espíritu dominante de una república oligárquica. La acción fue sistemática y se ejerció tanto sobre las clases populares de origen criollo como sobre las recién incorporadas por la política inmigratoria. Ahora bien, ninguna acción transculturadora, por sistemática que sea, produce únicamente lo que persigue. La resistencia, la reticencia, o la sola heterogeneidad del mundo social sobre el cual se ejerce, alcanza para provocar los desajustes, los desvíos o las formaciones culturales derivadas que no estaban en los proyectos. Además, aunque el proceso modernizador fue lo suficientemente potente como para generar e inculcar imágenes y símbolos de identificación colectiva, trajo también consigo las divisiones y los conflictos que le son inherentes. La formación, en la primera década del siglo XX, de un campo intelectual precario pero crecientemente diferenciado de las funciones de la política y la diplomacia, cuyo surgimiento se ligaba a la complejización de la división del trabajo y las primeras modalidades de la profesionalización literaria, había de crear el espacio de una cultura ilustrada donde resonaría el eco del debate ideológico y estético de las metrópolis europeas. Pero ese eco filtraría también las condiciones, los problemas y los conflictos de la sociedad argentina. Entre ellos, el de la identidad nacional en proceso de redefinición por el fenómeno inmigratorio y las agitaciones plebeyas que las relaciones capitalistas traían consigo. Así, se dan dentro de este espacio ilustrado, por iniciativa de los miembros criollos de la elite intelectual, los programas de nacionalismo cultural y la búsqueda de valores y significaciones autóctonos aptos para dotar de unidad a un cuerpo social que se percibía amenazado. **La dialéctica entre europeísmo y nacionalismo cultural habría de convertirse desde la primera década del siglo XX en una problemática recurrente del campo intelectual argentino, alimentando algunos de sus debates y buena parte de la ensayística sobre la identidad nacional o sobre el ser nacional.** Los núcleos activos de las clases populares, sobre todo los de sus contingentes de origen inmigratorio, también adoptaron y adaptaron instituciones y medios de producción cultural derivados del ejemplo europeo. Desde la organización sindical al periodismo obrero, pasando por la articulación directamente política de sus reivindicaciones, ya sea para impugnar o bien para resistir la dominación social, ya para estructurar formas diferenciadas de identidad social, de clase, en el interior de la Argentina modernizada. En esta sociedad, y como parte de ella, existía asimismo un filón criollo de cultura popular, cuyo eco se abrirá camino en el nuevo espacio urbano. Este segmento y las formas y significaciones que remitían a la Argentina criolla no aparecerán solamente en el campo cultural de las clases subalternas, sino que se mostrarán activos en el mundo literario de los grupos intelectuales. **CA.**

LA IDENTIDAD NACIONAL
PANELISTAS:
CARLOS ALTAMIRANO,
FELIPE PIGNA,
ALEJANDRO GRIMSON.
MODERADOR:
MARIA SEOANE.

Agradecemos especialmente al público, cuyos comentarios y preguntas enriquecieron los debates, y a la agencia TELAM, que gentilmente cedió las fotos que ilustran esta publicación.

Producido y editado por la Dirección de Comunicación y Prensa de la Secretaría de Cultura de la Nación.